

# LIBRO SEGUNDO

---

## ARGUMENTO.

En este segundo libro trata Cicerón de lo útil que es la Segunda Parte de este Tratado, lo cual enseña que es inseparable de lo honesto. Pero como no se puede procurar aquello que es útil sino por los servicios que se hacen los hombres unos á otros, prescribe los medios de ganar los corazones y de hacerlos concurrir á nuestra felicidad. Estos medios consisten en ser verdaderamente justos, sabios, fuertes y moderados. Concluye examinando las varias comparaciones que pueden ocurrir entre dos cosas útiles, y dice que á la más útil se le dé la preferencia, pero con tal que no desdiga ni se aparte de la honestidad, pues de otro modo, conforme á estos principios, no sería útil

## CAPÍTULO PRIMERO.

**La filosofía es el único consuelo de Cicerón.**

Ya me parece, hijo mío Marco, te he explicado con bastante claridad en el libro anterior cómo proceden las obligaciones de lo honesto, y de cada una de las virtudes. Síguese tratar ahora de aquel género de obligaciones que pertenecen al porte de la vida y á la posesión de aquellos bienes que necesita el hombre, como son las riquezas y el poder. Acerca de lo cual dije arriba, que no sólo se examinaba lo que es útil y lo que no lo es; sino también entre dos cosas útiles,

cuál es la más útil, ó cuál lo es por excelencia. Empezaré, pues, á tratar de esta materia abriéndome el camino primero con explicar mi modo de pensar y los motivos de emprenderla. Porque aunque muchos de mis libros han inspirado á otros, no solamente la afición á leer, sino también el gusto de escribir; con todo eso me recelo que algunos, por otra parte hombres de bien, miren con malos ojos este nombre de filosofía (1), maravillándose de que yo emplee en ella tanto tiempo y trabajo. Pero han de saber que cuando se gobernaba la república por aquellos á quienes se había ella misma entregado, no tenían otro fin mis pensamientos y cuidados que su servicio; mas después que todo se redujo á la dominación de uno solo (2), que no tuvo más lugar el consejo y la autoridad, y que perdí aquellos nobles compañeros que me ayudaban á mantenerla, no me quise entregar del todo á mis pesares, que hubieran acabado conmigo á no haberme armado de fortaleza, ni tampoco á los deleites indignos de un hombre de talento.

Pluguiera al cielo que la república se mantuviera en su primitiva forma, y no cayera en manos de hombres, no tan deseosos de mudarla (3) como de acabar con ella. Entonces sí que lo primero, como solía hacer cuando se mantenía en pie, emplearía yo mi trabajo en obrar, no en escribir; y escribiría, no como ahora tratados de moral, sino mis oraciones,

(1) Cuando estaba la república en su mayor auge no se dedicaban mucho los Romanos á la filosofía. Los Griegos eran los que tenían esta profesión.

(2) C. Julio César, á cuya autoridad se veían precisados á obedecer en todo.

(3) Sila, César y los Triumviros aparentaban mudar la forma de la república; pero en realidad no tiraban á reformarla, sino á destruirla.

como ya hice otras veces. Pero hoy que no hay república, por quien yo sacrificaba mis desvelos, mis talentos y mi trabajo, calló también mi pluma los asuntos forenses y del senado.

Mas como el ánimo habituado desde mis primeros años á estos estudios no pudiese estar ocioso, juzgué que el medio más honesto de dar treguas al sentimiento era volverme á la filosofía; en cuyo estudio habiendo gastado mucho tiempo de mi juventud por aprenderla, después que comencé la carrera de los empleos, y me entregué del todo á la república, sólo tenía lugar para ella en aquellos ratos que me dejaban sus negocios ó los de los amigos, los cuales empleaba en leer, sin tener tiempo para escribir.

## CAPÍTULO II.

**Conviene sacar algún provecho de los males: alabanzas de la filosofía: sistema de los académicos.**

No obstante, de tan graves males creo haber sacado este bien, de escribir unos asuntos no muy sabidos de nuestros Romanos, y muy dignos de saberse. Porque ¿qué bien, ¡oh Dios! más digno de ser buscado, más noble, mas útil, más digno del hombre que la sabiduría? Dase nombre de filósofos á los que estudian, y á la verdad no quiere decir otra cosa filosofía (si vamos á interpretarlo) que estudio de la sabiduría. La cual, según la definición de los antiguos, es la ciencia de las cosas divinas y humanas, y de las causas de que proceden, cuyo estudio, el que le reprueba, yo no sé por cierto qué juzgará digno de alabanza. ▀

Porque ó bien se busque el recreo del ánimo y descanso de otros cuidados, ¿cuál puede ser comparable con el estudio de aquellos que están siempre empleados en la investigación de asuntos útiles al provecho y felicidad de la vida. Para fortificar el valor y la virtud, ó se acude á la filosofía, ó no hay arte que ayude nuestros esfuerzos; y decir que no hay arte para las grandes cosas, habiéndolo para las más pequeñas, sería hablar con sobrada ligerera y equivocarse en capital asunto. Admitido que hay reglas para llegar á la virtud, ¿cómo encontrarlas fuera de la filosofía? Verdades son éstas en que insisto al exhortar á los hombres á la filosofía, y así lo hice en otra obra, limitándome ahora á declarar por qué, cuando me cerraron la carrera política, volví con preferencia á estos estudios.

Pero aquí me salen al paso, y esto hombres de erudición y doctrina, preguntándome si yo guardo bastante consecuencia, que habiendo asentado que nada se sabe con certeza (1), trato otras veces de varios asuntos, y al presente doy preceptos de las obligaciones. Los cuales quisiera yo penetraran mi modo de pensar: porque no soy de aquellos cuyo ánimo anda siempre vago de unas en otras opiniones sin tener norte fijo. ¿Qué ánimo ni pensamiento, ó por mejor decir, qué vida sería la nuestra quitado el método no sólo de la disputa, sino aun el de arreglar el modo de vivir? El hecho es, que así como algunos establecen ser unas cosas ciertas (2) y otras inciertas; así yo

---

(1) El alma de esta sentencia es que nada se puede comprender ni saber, ni afirmar de cierto; pero Cicerón era de la escuela de los académicos antiguos, que fueron más moderados, y así admitía lo probable.

(2) Los dogmáticos, que admitían lo cierto, y decían que esto se podía alcanzar por la nota ó señal propia de lo verdadero.

Porque ó bien se busque el recreo del ánimo y descanso de otros cuidados, ¿cuál puede ser comparable con el estudio de aquellos que están siempre empleados en la investigación de asuntos útiles al provecho y felicidad de la vida. Para fortificar el valor y la virtud, ó se acude á la filosofía, ó no hay arte que ayude nuestros esfuerzos; y decir que no hay arte para las grandes cosas, habiéndolo para las más pequeñas, sería hablar con sobrada ligerera y equivocarse en capital asunto. Admitido que hay reglas para llegar á la virtud, ¿cómo encontrarlas fuera de la filosofía? Verdades son éstas en que insisto al exhortar á los hombres á la filosofía, y así lo hice en otra obra, limítandome ahora á declarar por qué, cuando me cerraron la carrera política, volví con preferencia á estos estudios.

Pero aquí me salen al paso, y esto hombres de erudición y doctrina, preguntándome si yo guardo bastante consecuencia, que habiendo asentado que nada se sabe con certeza (1), trato otras veces de varios asuntos, y al presente doy preceptos de las obligaciones. Los cuales quisiera yo penetraran mi modo de pensar: porque no soy de aquellos cuyo ánimo anda siempre vago de unas en otras opiniones sin tener norte fijo. ¿Qué ánimo ni pensamiento, ó por mejor decir, qué vida sería la nuestra quitado el método no sólo de la disputa, sino aun el de arreglar el modo de vivir? El hecho es, que así como algunos establecen ser unas cosas ciertas (2) y otras inciertas; así yo,

---

(1) El alma de esta sentencia es que nada se puede comprender, ni saber, ni afirmar de cierto; pero Cicerón era de la escuela de los académicos antiguos, que fueron más moderados, y así admitía lo probable.

(2) Los dogmáticos, que admitían lo cierto, y decían que esto se podía alcanzar por la nota ó señal propia de lo verdadero.

apartándome de su opinión, digo que unas son probables y otras no lo son (1).

¿Qué impedimento, pues, hay para que yo siga aquello que me parece probable, y no adopte lo contrario; y evitando la arrogancia de afirmarlo todo, huya de la temeridad, que tanto se opone á la sabiduría? Los nuestros disputan contra todos los argumentos, porque no puede darse á mostrar lo probable, si no se confrontan las razones por una y otra parte. Mas esto creo que está bastantemente explicado en mis cuestiones académicas. No obstante, hijo mío Marco, aunque te estás formando en la más antigua y más célebre filosofía, bajo la conducta y educación de un tipo, varón muy semejante á sus primeros inventores, no he querido dejar de instruirte en estos principios míos, que no se diferencian mucho de los nuestros. Mas volvamos ya á nuestro propósito.

### CAPÍTULO III.

**Lo que sea honesto es también útil: estas dos cosas son inseparables: utilidades de la sociedad.**

Habiendo señalado ya cinco partes del tratado de las obligaciones, dos pertenecientes al decoro y á la honestidad; dos á las conveniencias de la vida, abundancia, poder y riquezas, y la quinta al juicio de la elección, si alguna vez parece que repugnan entre sí

---

1) En las mismas cosas probables admitían sus grados, de modo que unas cosas fuesen más probables que otras; pero decían que eran tantas las sutilezas y falacias que resultaban de la comparación y semejanza de unas cosas con otras, que nada se atrevían á afirmar.

lo útil y lo honesto, he concluído la parte de la honestidad, de que deseo hayas adquirido un conocimiento pleno, y paso ahora á tratar de lo que llamamos útil. Acerca de lo cual se han desviado del camino verdadero las costumbres corrompidas, y han llegado sin sentir á tales términos que, separando lo útil de lo honesto, han querido establecer que alguna cosa podía ser honesta sin ser también útil, y que se hallaba asimismo alguna útil que no fuese honesta, que es el error más perjudicial que ha podido introducirse en la vida humana. Los filósofos de más autoridad (1) distinguen estas tres causas confusas entre sí, pero sólo con el pensamiento, sin ofender en nada ni á la naturaleza de lo honesto, ni á la severidad de su doctrina; estableciendo que todo lo que es justo, es también útil; y asimismo, que todo lo que es honesto, es justo; de donde se concluye que todo lo que es honesto, es también útil. Mas los que no conocen bien esta verdad, se dejan preocupar de algunos hombres artificiosos y astutos, y califican á la malicia de sabiduría. A los cuales es necesario sacar de su error y hacerlos creer que podrán llegar al cabo de sus deseos por consejos honestos y acciones justas, y no por fraudes y dobleces.

De las cosas necesarias á la conservación de la vida humana, unas son inanimadas (2), como el oro, la

---

(1) Los mayores filósofos, esto es, aquellos que lo miden todo por la regla de la honestidad, distinguen con el pensamiento las nociones de lo útil, de lo honesto y de lo justo, que en realidad y por su misma naturaleza no pueden separarse, y arguyen de esta manera: lo que es justo es útil, lo que es honesto es justo; luego lo que es honesto es útil. Este argumento fuera de ninguna fuerza si las tres nociones no se distinguieran con el entendimiento; pero de esto no se puede argüir que por naturaleza se distinguen.

(2) Divide las cosas útiles en sus géneros, y después enseña que todo le viene al hombre por el hombre.

plata, los frutos de la tierra y otras semejantes; otras son animadas, que tienen sus ímpetus y pasiones. De estas mismas, unas son participantes de razón y otras son irracionales, como son los caballos, los bueyes, las demás bestias y las abejas, cuyo trabajo contribuye, con alguna utilidad, á la vida de los hombres. De las participantes de razón se distinguen dos especies, una de Dioses y otra de hombres: la protección de los Dioses se merece con la reverencia y santidad; y después, inmediatamente, quien puede ser á los hombres de más utilidad, son los hombres mismos. La misma división se hace de las cosas dañosas y perjudiciales; mas por cuanto no se cree que los Dioses ofendan ni perjudiquen á nadie, exceptuando á ellos, los hombres son los que más daño pueden acarrear á sí mismos. Y en efecto, las más de las cosas inanimadas son obra de la industria y trabajo de los hombres, las cuales no tuviéramos si los hombres no hubieran empleado en ellas las manos y el arte, ni podríamos aprovecharnos de su uso si el hombre no tomara este cuidado. Pues no habría medicina, ni navegación, ni agricultura, ni acopio y conservación de las mieses y demás frutos sin el trabajo y aplicación de los hombres. Tampoco tendríamos ni extracciones de aquellos géneros de que nuestros países abundan, ni introducción de otros de que carecemos, si los hombres no se aplicasen á estos oficios; y por la misma razón ni se abrirían canteras para sacar la piedra necesaria para nuestros usos, ni mineros de donde se sacase el hierro, el bronce, el oro y la plata escondidos en las entrañas de la tierra.

## CAPÍTULO IV

**Utilidades del trabajo de los otros: ventajas de la sociedad.**

Pues las habitaciones, para repararse contra los rigurosos fríos y para resguardarse de los calores excesivos, ¿cómo hubieran podido ni levantarse al principio, ni reedificarse después, si por una tempestad, ó un temblor de tierra, ó por su antigüedad viniesen á derribarse, si la sociedad común no hubiera enseñado á pedir estos auxilios á los mismos hombres? Los conductos de las aguas, las derivaciones de los ríos, los riegos de los campos, los diques, las presas ó muelles opuestos á las aguas, y la fábrica de los puertos, pregunto, ¿de dónde nos vendrían sin la industria y trabajo de los hombres? De lo cual, y de otras muchas pruebas, se convence con evidencia que no podríamos disfrutar de las comodidades y provechos que las cosas inanimadas producen sin el arte é industria de nuestras propias manos. Y de las bestias, ¿qué fruto ni utilidad sacaríamos si no nos ayudaran los hombres? Porque los que primero hallaron qué uso se podía hacer de cada uno de los animales, fueron ciertamente los hombres; y tampoco podríamos ahora, sin el trabajo de ellos, ni alimentarlos, ni domarlos, ni conservarlos, ni emplearlos á tiempo oportuno de que nos puedan servir; siendo ellos también quienes matan los que son dañosos y quienes buscan los que son útiles y nos pueden ser de provecho.

Mas ¿para qué es ir haciendo menuda expresión de las innumerables artes, sin las cuales absoluta-

mente no se podría vivir sin infelicidad y miseria? ¿Quién curaría los enfermos? ¿Cuál sería el justo divertimento de la buena salud? ¿Cuál el trato y porte de la vida, si tantas artes no nos lo suministraran, con cuyas prerrogativas, cultivada la vida de los hombres, se diferencia tanto del modo de vivir de los irracionales? Tampoco las ciudades podrían edificarse, ni ser frecuentadas, sin la unión de los hombres; de donde ha provenido la constitución de leyes y costumbres, la igual prescripción de derechos, y la disciplina y el arreglo cierto de vivir; á que se ha seguido la mansedumbre de los ánimos, el respeto y pudor, y se han dado á la vida mayores resguardos, llegando á estado de que, dando, recibiendo y trocando nuestras facultades, no nos falte nada.

## CAPÍTULO V.

**Nada puede ser más perjudicial al hombre que el hombre mismo: arte de hacer á los hombres útiles á la sociedad.**

Mas en este punto me alargo ya más de lo que es menester. Porque ¿quién no ve á primera vista lo que refiere prolijamente Panecio, es á saber, que sin el concurso de los hombres ningún general en la guerra, ni hombre de estado en la paz hubiera sido capaz de ejecutar hazañas tan útiles y esclarecidas? Hace mención de Temístocles, de Pericles, de Ciro, de Agesilao y Alejandro, los cuales jamás se hubieran señalado en tan ilustres hechos sin la ayuda de los otros hombres; valiéndose de testimonios y autoridades su-

perfluas en un asunto tan claro. Mas así como conseguimos grandes ventajas por la unión y concurso de los hombres, así también no hay mal tan pernicioso que al hombre no le venga por el hombre. Hay un libro de Dicearco, insigne y elocuente peripatético, sobre la muerte de los hombres; en el cual, recopilando las causas de inundaciones, pestes, asolaciones, irrupciones repentinas de fieras, cuya violencia algunas veces ha arrasado pueblos y regiones enteras, compara después y hace reflexión cuánto mayor número de gente ha destruído el ímpetu de los hombres con guerras y sediciones civiles, que los que han perecido por todas las demás plagas y calamidades.

Mas pues este punto no admite alguna duda que pueden acarrear muchos provechos, y también daños muy graves unos hombres á otros, juzgo que debe ser el primer empeño de la virtud reducirlos á concurrir, y hacerlos útiles á la sociedad común. Las ventajas que pueden resultar á la vida del hombre de los seres inanimados, y del empleo y uso de los animales, consiste en las artes de industria y trabajo; mas el hacer prontas y dispuestas á nuestros aumentos las inclinaciones de los hombres, es efecto de la sabiduría y virtud de los talentos y genios superiores. Porque la virtud consiste principalmente en tres cosas: la primera en conocer la naturaleza esencial de las cosas, sus relaciones y propiedades, sus causas y sus efectos: la segunda en refrenar los movimientos del ánimo desconcertados, que llaman los Griegos *πάθη*, y hacer obedientes á la razón las pasiones que ellos llaman *ὄρμῆς*: la tercera en el uso moderado y sabio de aquellos con quienes estamos asociados, de modo que por su industria tengamos cumplido y colmado todo cuanto necesita la naturaleza; rechazando por medio de ellos cualquier daño que se nos acarree,

y aun tomando satisfacción y castigando á quien lo intente; pero con la pena que permiten las leyes de la justicia y de la humanidad.

## CAPÍTULO VI.

**Poder grande de la fortuna; pero sin los hombres nada bueno ni malo se puede hacer.**

Diremos ahora por qué medios podremos conseguir el arte de ganar los corazones y mantenerlos en benevolencia (1), y esto no mucho después; pero antes es menester suponer algunas reflexiones. ¿Quién ignora cuánto influye la fortuna en ambos estados, así en el próspero como en el adverso? Porque cuando nos sopla con viento favorable, todo se viene á la mano de nuestros deseos; pero ella misma en mudándose nos atormenta. Y también tiene otros casos más raros: primeramente de las cosas inanimadas, como son borrascas, tempestades, naufragios, ruinas, incendios, además de las bestias cuando convierten sus iras contra nosotros. Pero estas fatalidades (como ya dije) son más raras. Mas la pérdida de los ejércitos, como la reciente de tres (2) y de otros muchos en distintas ocasiones, las muertes desgraciadas de los capitanes generales, como la de este insigne varón que acabamos de perder (3); además de esto los odios de la plebe, y por esta causa los destierros, los trabajos y

---

(1) Generalmente se gana el amor de los hombres, como ya se ha dicho, con la virtud; pero se han de examinar menudamente qué cosas mueven la inclinación y afecto de los hombres.

(2) En Farsalia, en Africa y en España.

(3) Pompeyo.

fugas de muchos ciudadanos beneméritos; por otra parte los sucesos favorables, como son imperios, honores, victorias, aunque dependen de la fortuna, con todo no pueden suceder, ó prósperos ó adversos estos casos, sin la intervención y concurrencia de los hombres. Esto supuesto, paso á declarar por qué medios podremos atraer y conducir sus inclinaciones á nuestro provecho: cuyo discurso si se alargare algo más, compárese con la grandeza de la utilidad, y por ventura parecerá más breve de lo justo.

Todo cuanto un hombre hace por el aumento ó por el honor de otro, ó lo hace llevado del amor, si halla en él prendas para ser amado, ó por una alta idea de estimación que forma de su virtud, la cual juzga digna de la mayor fortuna, ó por la confianza que le merece, creyendo que mira bien por sus cosas; ó porque llega á temer su poder, ó al contrario por la esperanza que de él concibe, como cuando los poderosos ó los populares derraman algunas dádivas, ó últimamente seducido de su propia avaricia: que á la verdad es el motivo más indecoroso y torpe, así para aquellos que se dejan llevar de esta paga tan vil, como para los que pretenden valerse de tan indignos medios. Porque mal van las cosas cuando se intenta conseguir con dinero lo que debe ser efecto de la justicia. Mas por cuanto algunas veces es preciso echar mano de este medio, diremos cómo se ha de usar de él, en hablando primero de otros que se acercan más á la virtud. Los motivos, pues, porque los hombres suelen sujetarse al arbitrio y potestad de otros, son ó que los lleva el amor, ó grandes beneficios, el mérito sobresaliente, la esperanza de otros provechos, el miedo, las recompensas y promesas; y, por último, algunos también se dejan conducir por cierto salario, como vemos muchas veces en nuestra república.

## CAPÍTULO VII.

**No hay cosa más peligrosa que ser temido, ni más útil  
que ser amado.**

Para conservar, pues, cada uno su autoridad y crédito, no hay medio más á propósito que hacerse amar, y nada más contrario que el hacerse aborrecer. Dijo muy bien Enio: «Aborrecen á quien temen; cualquiera desea la muerte del que aborrece.» Si antes de ahora no se sabía que no hay poder que resista contra el odio de muchos, en el caso presente se ha podido bien conocer. Y no solamente declara cuánto contribuye á la ruina del aborrecido la muerte de este tirano que sojuzgó á la república con el poder de sus armas, yugo que, aun después de muerto, no puede sacudir (1); sino también los fines de los demás tiranos que han sido, como él, víctimas de la libertad oprimida. Es mal seguro de la duración el miedo, y al contrario, el amor muy fiel hasta la eternidad.

Sea lícito valerse de la crueldad á los que sólo por fuerza mantienen su dominio, como los dueños hacia sus esclavos, si no pueden sujetarlos por otros medios; pero pretender hacerse temible en una ciudad libre, es la mayor locura en que el hombre puede dar. Porque aunque estén oprimidas las leyes y amedren-

---

(1) Esto se entiende de César, cuyos estatutos se había decretado que se guardasen á instancias de Antonio. Y así, la ciudad le obedecía aun después de muerto; porque todo lo que presentaba Antonio de los apuntamientos de César tenía fuerza de ley

tada la libertad por el poder de alguno, tarde ó temprano sacan la cabeza, ya con tácitos juicios, ya con votos secretos sobre el honor, siendo más vehementes los impulsos de una libertad interrumpida, que disfrutada á todas sus anchuras. Abracemos, pues, aquella máxima de tanta extensión, que importa mucho, así para la seguridad propia, como para acrecentar el poder y facultades; es á saber, que se destierre el miedo y se mantenga el amor, por cuyo medio conseguiremos con facilidad en nuestros negocios y en la república cuanto acertáremos á desear. Porque aquellos que pretenden hacerse temer, no pueden dejar de estar con recelo ellos mismos de todos cuantos los temen.

¿Qué juicio haremos de aquél Dionisio el mayor? ¿Con qué temores y recelos no sería atormentado, pues temiendo la navaja del barbero, él mismo, con un carbón encendido, se abrasaba la barba? ¿Con qué ánimo creeremos que vivía aquel Alejandro de Ferea, el cual, aunque amaba muy tiernamente (según leemos) á su mujer Tebe, con todo eso, al pasar á su cuarto desde la mesa, mandaba entrar delante un bárbaro con la espada desnuda, marcado su rostro con las señales de tracio, y enviaba también delante algunos de sus Ministros que registrasen los cofres de las mujeres y mirasen no tuviesen algún puñal escondido entre los vestidos? ¡Miserable, que hacía más confianza de un bárbaro cosido de cicatrices, que de su propia mujer! Mas no le engañó su temor, porque ella misma, sospechosa de que la había faltado á la fe del matrimonio, le mató á puñaladas por vengarse. No hay, pues, imperio alguno tan poderoso que, dominando el temor, pueda ser durable. Buen testigo es Fálaris, cuya crueldad le hizo famoso entre todos, que no murió de asechanzas, como este Alejandro de quien acabo de hablar, ni á manos de pocos, como este nues-

tro tirano, sino de la universal conjuración de Agrigento armada contra su vida. ¿Y los Macedonios? ¿No abandonaron todos á Demetrio y se pasaron á Pirro? Lacedemonia, por su tirana dominación, ¿no se vió de repente desamparada de todos sus aliados, que con gran sosiego fueron espectadores de la derrota lamentable de Leutra?

## CAPÍTULO VIII.

**El Imperio romano debió todos sus aumentos á la justicia.**

Más me agrada en este punto hacer mención de los ejemplos de fuera, que de los domésticos. No obstante, mientras el Imperio romano se mantenía con beneficios, y no con injusticias, las guerras se emprendían, ó por los aliados, ó por el Imperio, y la clemencia ó la necesidad las terminaba. Era nuestro Senado el común refugio y amparo de todos los reyes, pueblos y naciones; y en sólo defender con justicia y fidelidad á los aliados, cifraban toda su gloria nuestros magistrados y generales; de suerte que con más razón se podía llamar patrocinio de todo el mundo, que dominación. Ya hace tiempo que veíamos irse disminuyendo esta disciplina antigua; mas después de la victoria de L. Sila la acabamos de perder del todo, dejando de parecernos inicuo lo ejecutado con los aliados á vista de las crueldades que experimentaron los propios ciudadanos. Siguióse á su guerra justa (1) una victoria cruel; pues levantada la pica y

---

(1) Llamada así porque Sila favorecía el partido de los nobles, esto es, la mejor parte de la ciudad.

vendiendo en la plaza los bienes de los hombres honrados, ricos y ciudadanos, se atrevió á decir que vendía el despojo de sus enemigos. Sucedióle otro (1) que con injusta guerra y más indecorosa victoria, no sólo vendió públicamente los bienes de los ciudadanos, sino con el mismo edicto hizo víctimas de su crueldad á todas las naciones y provincias. Y así, abrasadas y arruinadas todas las tierras, vimos traer á nuestros ojos, en triunfo, por espectáculo del Imperio perdido, la imagen de Marsella, y triunfar de aquella plaza, sin la cual nunca triunfaron nuestros generales de las guerras transalpinas. Prosiguiera contando otras injusticias hechas á los confederados, si el sol en su carrera hubiera registrado otra más indigna que ésta. Y así, bien merecido tenemos el castigo; porque si no hubiéramos tolerado las maldades de otros muchos, nunca hubiera llegado uno solo á tomarse tanta licencia; el cual, si ha dejado á pocos la herencia de sus bienes, la de sus ambiciosos deseos seguramente queda en todos los malos.

Mas no podrán acabarse estas semillas é incentivos de guerras civiles mientras los hombres perdidos conserven la memoria y esperanzas de aquella pica sangrienta que vibrada por L. Sila (2) la primera vez siendo dictador un pariente suyo, no por eso se apartó de otra más cruel treinta y seis años después; y el otro (3) que en aquella primera fué sólo escribano, ya en ésta fué tesorero de la ciudad. Con que propuestos

(1) Julio César, que peleó contra la libertad común de su patria.

(2) Este L. Sila, siendo su tío dictador, presidió á la almoneda en que se vendieron los bienes de los proscritos; y él mismo, treinta y seis años después, siendo dictador César, compró en la almoneda pública los bienes de los Pompeyanos.

(3) Ser. Cornelio Sila.

tales premios, ¿cómo es posible que falten nunca guerras civiles? Sólo han quedado en pie hoy las paredes de Roma, y éstas temiéndose la última maldad; pero la república ya se perdió enteramente. Y hemos caído en este abismo de miserias (volviendo á nuestro propósito) desde que quisimos más ser temidos que amados. Pues si esto ha podido suceder á todo un Imperio romano por abusar de su poder, ¿qué podrán esperar los particulares? Y así, siendo tan evidente que el poder de la benevolencia es muy grande, y el del temor muy mal seguro, síguese que mostremos ahora por qué medios alcanzaremos fácilmente este amor que deseamos con la estimación y confianza de los hombres. Mas no es igual en todos la necesidad de este amor. Porque ha de conformarse con la manera de vida de cada uno el determinar si le estará más bien ser amado de muchos ó de pocos. Pero téngase por cierto y por lo más necesario y principal el tener amigos fieles que hagan estimación de nosotros, que es circunstancia casi igual en los grandes y pequeños, y que todos igualmente deben anhelar por ella. Por ventura no todos necesitan igualmente del honor, de la gloria y amor de sus conciudadanos; pero poseídas estas cosas, ayudan mucho para todo, y en especial para granjear amistades.

## CAPÍTULO IX.

### Medios de adquirir gloria, y la confianza de los hombres.

Mas de la amistad he hablado en el libro que se intitula *Lelio*. Tratemos ahora de la gloria, aunque también he tratado de ella separadamente en otros dos

libros (1): no obstante, tocaré este punto, porque contribuye mucho para el manejo de los negocios graves. La verdadera y perfecta gloria consiste en tres cosas: en el amor del pueblo, en la buena fama, y en cierto grado de admiración hacia nuestras prendas. Estas se granjean del pueblo por los mismos medios que de los particulares; pero es diferente el modo de insinuarse (digámoslo así) en los ánimos de la muchedumbre. De los tres requisitos que se han propuesto, tratemos primero de la benevolencia. El medio más eficaz para adquirirla son los beneficios, y en segundo lugar la voluntad de hacerlos, aunque no nos alcancen para ello las facultades. Influye mucho también la reputación y fama de liberalidad, franqueza, justicia, lealtad, y de las demás virtudes que prueban bondad y afabilidad de costumbres. Porque como la honestidad y el decoro por sí mismo nos cautiva, y su naturaleza y especie mueve los ánimos de todos, y principalmente recibe su lustre y esplendor de estas virtudes; por tanto, naturalmente nos inclinamos á amar á aquellos en quienes juzgamos que se hallan. Estos son los motivos más fuertes del amor; aunque hay también otros no tan principales.

La confianza de los hombres puede granjearse por otros dos medios, si se han persuadido que estamos adornados de sabiduría acompañada de justicia. Porque aquellos en especial merecen nuestra confianza, de quienes creemos que entienden más que nosotros, que preven mejor lo futuro, y que en los tiempos críticos se hallan desembarazados y prontos para tomar resolución de repente; que es la sabiduría que juzgan todos por útil y verdadera. Y además llegamos á ha-

---

(1) Hace mención de estos libros en las cartas que escribió á Atico, lib. xv, ep. 27; y en el lib. xvi, ep. 2; pero se han perdido.

cer tal confianza de los hombres justos y fieles, esto es, buenos, que no caemos en la más mínima sospecha de fraude ni injusticia: de suerte que creemos poder fiar con seguridad á su conducta nuestras haciendas, nuestra vida y nuestros propios hijos. De estas dos, la más poderosa para atraerse la confianza es la justicia, como que aun sola sin la sabiduría tiene mucha autoridad, y la sabiduría sin ella es de poca importancia para el efecto. Porque desnudo un hombre de la opinión de virtud, cuanto más artificioso y más astuto, tanto más aborrecido es y más sospechoso. Y así la justicia acompañada de la ciencia tendrá todo el poder que quisiere para granjear la confianza; podrá no obstante mucho la justicia sola, pero la sabiduría sin ella es de ningún valor.

## CAPITULO X.

### Qué cosas admiramos y cuáles despreciamos.

Mas para que nadie se admire que siendo común opinión de todos los filósofos, y que yo mismo he asentado muchas veces, que el que posee una virtud las posee todas, ahora las separo de modo que pueda ser uno justo sin ser al mismo tiempo prudente; entiéndase que una es la sutileza con que se adelgaza la verdad en la disputa, y otra cosa cuando se acomoda el modo de hablar á la opinión común de las gentes. Y así hablando ahora con el vulgo, digo que hay unos hombres fuertes, otros buenos y otros prudentes; por ser preciso adaptar nuestro lenguaje al común modo de hablar: y lo mismo hizo Panecio. Mas volvamos á nuestro asunto

De las tres circunstancias que contribuyen á la gloria, era la tercera el que fuésemos reputados por dignos de honra con cierta admiración de los hombres. Admírase por lo comun, en general todo aquello en que se nota grandeza y un esplendor extraordinario, que se aventaja á la opinión; y en particular si se advierten algunas prendas inopinadas. De modo que veneran mucho los hombres, y levantan con alabanzas hasta el cielo á aquellos en quienes les parece que observan excelentes y singulares virtudes; y al contrario, desprecian y tienen en poco á aquellos en quienes no hallan virtud, ni nervio, ni espíritu. Mas no desprecian á todos aquellos de quienes hacen mal concepto; porque á los que tienen por malos, engañadores, mal hablados y dispuestos á ofender á los demás, á éstos no los desprecian, sino juzgan mal de ellos. Por lo cual (como ya he dicho) son despreciados los que ni son para sí ni para nadie, como se suele decir, hombres inútiles, sin industria, cuidado ni habilidad para cosa alguna. Ultimamente se admira á aquellos de quienes se hace juicio que sobresalen entre los demás en virtud, y que no sólo no se han dejado corromper de algun género de torpeza, mas tampoco de todos aquellos vicios á que difícilmente resisten los demás. Porque en unos los deleites, que son sirenas encantadoras, apartan de la virtud la parte más noble del ánimo; á otros les angustia sobremanera el ver asestada contra sí la flecha del dolor; y á todos finalmente perturban muchísimo los intereses de la vida, de la muerte, de las riquezas y de la necesidad. ¿Pues quién no admirará el esplendor y gloria de la virtud de aquellos que muestran su heroísmo en cualquier fortuna, y que sólo los arrebatara y lleva tras sí el objeto honroso y honesto que se les ponga delante?

## CAPITULO XL

**La admiración es el premio de la justicia, y la benevolencia es el de la bondad.**

De modo que también esta superioridad de ánimo granjea la admiración; pero sobre todo la justicia, que da nombre á los hombres de bien, le parece á la muchedumbre una virtud admirable; y con razón. Porque no puede ser justo el que teme á la muerte, al dolor, á la pobreza, al destierro, ó que antepone lo contrario á la equidad. Principalmente se admira á aquel á quien no mueve el dinero; porque en quien esto se reconoce, parece el tal sujeto acrisolado al fuego. Y así las tres condiciones, que son el fundamento de la gloria, son efectos de la justicia; el amor, porque desea hacer bien á muchos; la confianza y la admiración igualmente, porque desprecia y tiene en poco aquellos bienes á que muchos se dejan arrastrar de sus deseos. Mas á mi modo de entender, todos los estados y condiciones de la vida tienen necesidad de los auxilios de los hombres, en especial para tener con quien hablar con familiaridad; lo cual es difícil, si no se lleva en la frente la reputación de hombre de bien. De forma que esta opinión de justicia es también necesaria aun al que vive solitario en el campo; y tanto más, porque si no la tiene, será reputado por injusto, y sin el apoyo de los otros hombres estará expuesto á muchas injurias.

También necesitan de esta virtud para sus tratos los que venden, los que compran, los que arriendan,

los que alquilan, y todos los que se mezclan en otros comercios; pues es tanta su fuerza, que ni aun los que se alimentan de robos y maldades pueden subsistir sin alguna parte de justicia. Porque el que quita ó defrauda algo á los mismos que le acompañan en los robos, éste ni aun en el latrocinio se hace lugar. El capitán de corsarios, si no reparte con igualdad la presa entre sus compañeros, ó le matan ó le dejan; pues tienen también sus leyes los ladrones, que guardan y obedecen. Por haber repartido con tanta fidelidad sus robos Bardilis, famoso ladrón de Iliria (de quien hace mención Teopompo), vino á poseer inmensas riquezas; y las llegó á tener mucho mayores Viriato de Lusitania, á cuyas fuerzas se rindieron hasta nuestros ejércitos y generales: mas abatió su orgullo siendo Pretor aquel Cayo Lelio, reputado por hombre sabio, y redujo su soberbia á tan infeliz estado, que les fué muy fácil derrotarle de todo punto á los que después le sucedieron en el mando. Siendo, pues, tan grande el poder de la justicia, que hasta las riquezas de los ladrones asegura y aumenta, ¿qué fuerza no creeremos que tiene entre las leyes y juicios, y en una república bien ordenada?

## CAPÍTULO XII.

**Razones del establecimiento de los Reyes y de las leyes:  
medio seguro para adquirir gloria.**

A mí me parece que no sólo entre los Medos, como dice Herodoto, sino también entre nuestros antepasados, no por otro motivo fueron elevados al trono los

hombres de más bien probadas costumbres, que por gozar de justicia. Porque cuando la pobre plebe se veía oprimida de los que tenían mayor poder, se acogía á la protección de algún hombre virtuoso, que defendiendo de la opresión á los más necesitados, mantuviese igual la balanza de la justicia entre el poderoso y el pobre. La misma causa hubo para el establecimiento de las leyes; siendo siempre el fin de estas providencias conseguir una justicia igual á todos, porque de otro modo no sería justicia. Cuando hallaban esto en un hombre de bien y justo, se contentaban con él; mas como no siempre se podía conseguir, inventaron las leyes que hablasen con todos con una sola voz y perpetua. Pero es evidente que siempre se ha echado mano para el gobierno de aquellos sujetos que han tenido más bien sentada su opinión con el pueblo: lo cual junto con la reputación de sabiduría, no hay cosa que los hombres no conciben asequible por su conducta. Y así debemos mantener y guardar inviolablemente la justicia, tanto por ella misma (porque sin esto no lo sería), como por lo que contribuye al adelantamiento del honor y gloria. Mas al modo que respecto del dinero, no basta solamente adquirirle, sino que es necesario saber el arte de emplearle bien donde nos dé un rédito continuo para los gastos precisos, y para los liberales y extraordinarios; así no basta adquirir gloria, es menester también saberla colocar.

Decía muy bien Sócrates, que el camino más derecho y más corto para la gloria era intentar cada uno por su parte ser tal como desease parecer. Mas se engañan notablemente los que con fingimientos, vana ostentación y fingida hipocresía en la conversación y en el semblante piensan granjearse una reputación durable. La verdadera gloria echa raíces, y se va pro-

pagando; las apariencias, á manera de florecitas tiernas, caen muy pronto, y ninguna cosa fingida puede durar largo tiempo. Fácil me fuera referir muchos ejemplos por una y otra parte; mas por no ser prolijo me contentaré con el de una sola familia. La gloria de Tiberio Graco, hijo de Publio, durará mientras se conserve la memoria del Imperio romano; pero sus hijos ni en vida fueron bien vistos de los buenos, ni ha habido quien no tuviese su muerte por un efecto de la justicia.

### CAPÍTULO XIII.

**Qué han de precaver los jóvenes al entrar en el manejo de los negocios: aplíquense á los hombres sabios.**

El que desea conseguir la verdadera gloria cumpla con las obligaciones de la justicia: cuáles sean éstas, ya se ha explicado en el libro antecedente. Ahora daré algunas reglas para parecer con facilidad tales como somos, aunque lo que importa más es ser tales como deseamos ser reputados. Porque si alguno desde su juventud tiene motivo de celebridad y fama, ya heredada de sus padres (como creo, hijo mío, que te ha sucedido á tí), ya por otro accidente ó fortuna; todos ponen en él los ojos, notan todas sus acciones y conducta de vida; y como si estuviera rodeado de una muy clara luz, ninguno de sus dichos ó hechos puede quedar oculto. Mas aquellos que por haber nacido en bajeza y oscuridad de nadie son conocidos, deben concebir grandes esperanzas desde su tierna edad, y empeñarse con todo su esfuerzo en llevarlas al cabo